

*No te acerques aquí. Quitate las sandalias, porque el lugar donde te mantienes de pie –donde no te doblas ni te anulas– es tierra sagrada (Ex 3,5)<sup>2</sup>.*

## La zarza ardiente y el corazón contrito

CuadMon 145  
(2003) 187-193

El inexpresable misterio de la experiencia humana y divina fue siempre contemplado y vivido a partir del lenguaje simbólico, el único capaz de hacer posible la comprensión profunda y, al mismo tiempo, la vivencia del mismo. El cristianismo no creó un lenguaje nuevo, sólo el contenido es nuevo, comunicado con el lenguaje tradicional, comprendido universalmente. “El símbolo no es solamente un significado, pues de lo contrario sería una señal artificial, convencional. El símbolo es más que una señal, porque ya es, por sí mismo, un camino en la dirección que señala. Es lo que llamamos el lazo intrínseco”<sup>3</sup>. Por eso, ante una narración o imagen simbólica, el hombre se siente envuelto y tocado por el misterio, a pesar de no entenderlo, o tal vez por eso mismo.

El lenguaje simbólico cayó en descrédito cuando el racionalismo lo interpretó como contrario a la verdadera ciencia, como oscuridad y fantasía. Sin embargo, ese fue el lenguaje con el que hombres de todos los tiempos pudieron comunicarse con la divinidad y con los aspectos más profundos de su ser y su existencia. El hombre sigue teniendo esta sensibilidad fortísima para el símbolo profundo, pero se olvidó de su lenguaje, que quedó relegado al mundo de los sueños, este lenguaje, en cambio, es explorado, amplia y ambiguamente, por

<sup>1</sup> Monje del Monasterio de la Resurrección (Ponta Grossa, Paraná, Brasil).

<sup>2</sup> CHUMASH, Shemot, *Biblia Hebraica con comentarios de Rashi*. Ed. Trejger, San Pablo 1993.

<sup>3</sup> VIDAL, Jacques, *Sacro, Simbolo, Creatività*, Ed. Jaca Book, Milano 1992, p. 33.

el mundo de la publicidad y del consumo, que le quita toda sacralidad, manteniendo la forma sin el contenido, ayudando en gran medida a aumentar el vacío del hombre contemporáneo.

Partiremos de tres símbolos fundamentales para penetrar en este misterio: los pies, el árbol y el fuego.

Para el que cree todo el universo fue creado y se mantiene en la existencia por la sabiduría (*Sophia*) y bondad de Dios. Él lo creó como un todo, venciendo la nada, con un sistema perfecto. Esa gran creación se denomina con una palabra griega: Cosmos, que quiere decir Belleza. Mucho antes que los ecologistas del siglo XX hablaran de un ecosistema, los cristianos ya lo sabían, así como todos aquellos que creen en el Dios creador. Todo se relaciona, porque Dios mismo, en su Misterio inefable, es relación de amor, es Trinidad. Pero el hombre contemporáneo todavía no llegó a redescubrir la consecuencia de pertenecer a un sistema: la de ser él mismo un pequeño sistema perfecto o, como lo llaman los Padres<sup>4</sup>, un microcosmos, a partir del cual él puede conocer el macrocosmos y viceversa. San Pedro Damiano decía que “el hombre es llamado con una palabra griega: microcosmos, que quiere decir mundo pequeño, porque, por su esencia material, está compuesto de los mismos cuatro elementos del universo”. Conocerse a sí mismo conduce al conocimiento del universo y viceversa. De ahí viene la fuerza del lenguaje simbólico, donde el misterio puede ser visto desde ángulos que se complementan. Por eso los cristianos desde los primeros siglos lograban ver en la Escritura el resumen de todo, y cómo todo habla de Cristo, el hombre perfecto, y de cómo ese misterio también acontece dentro de nosotros. Por eso el Misterio Cristiano fue transmitido mucho más por los ritos y símbolos que con una dialéctica intelectual. El episodio de la Zarza Ardiente es ilustrativo de esto, porque toca las raíces de nuestra existencia, mucho más allá de lo que podamos entender.

## Los Pies

Moisés vive una experiencia singular, después de sus intentos frustrados por resolver de algún modo los problemas de su pueblo esclavizado en Egipto, huye hacia las tierras de Madián y espera olvidar lo que pasó, y dejar que el tiempo apague ese dolor y esa vergüenza que le pesa. Mientras tanto, como sucede con nuestros propios dolores y vergüenzas más profundos, el tiempo no hace más que perpetuar un fuego que arde sin consu-

---

<sup>4</sup> San GREGORIO MAGNO, “Homo quodammodo omnia”, “el hombre es, en cierto modo, todas las cosas”.

mirse, prolongando en el tiempo un sufrimiento secreto que no se alivia. Cada hombre y mujer carga con su aposento secreto, su “talón de Aquiles”, y por eso mismo cuando Dios quiso hablar acerca de esto con el hombre, usó una imagen que él entendería: sus pies. “Los pies nos establecen en el suelo, permiten la postura vertical, la marcha, y son uno de los lugares simbólicos más importantes del cuerpo humano. Objeto de tantos mitos, los pies son el lugar de contacto entre el hombre y la tierra, punto de partida para su verticalización, elevación y ascensión. Los pies representan la fuerza del alma, el soporte de la postura erguida, la base de nuestra estatura, el dominio del tener”<sup>5</sup>. Nuestro punto inferior, el más bajo, es también aquel que sustenta todo. Era necesario que Moisés sintiera sus pies sobre la tierra desnuda, que sintiera su propia desnudez delante de una realidad que sobrepasaba en mucho su capacidad de comprensión. Muchos seres humanos cargan también con su llaga, que se quema sin consumirse, en lo más íntimo, suspirando, lamentando o gritando: “¿por qué yo?”. Van caminando con miedo, “pisando sobre huevos”, temiendo ser descubiertos en sus secretos infantiles, temiendo sufrir más aún en la vida, protegiéndose incluso de ser felices, porque se protegen de su propia verdad.

“Quien vive una experiencia personal de Dios, los hombres y mujeres de Dios están constantemente inflamados por el fuego de su Presencia sin ser consumidos. En la entrada de las mesquitas, en determinados monasterios orientales y aun en algunos monasterios católicos, es una exigencia sacarse los zapatos antes de entrar. En este acto de despojamiento, donde nos sacamos el peso de los zapatos, los pies tocan el suelo, el piso, la alfombra... nos hablan de otra experiencia (*Jos* 5,13-15), capaz de derribar murallas. De una intimidad, cuya base está en los pies. La palabra sandalia, en hebreo *naal*, viene de un verbo que significa cerrar, aprisionar, apretar –como los pies en un zapato. Por eso, en hebreo, sacarse las sandalias significa sacar lo que aprieta, oprime o aprisiona los pies. Como muchos que, al llegar a casa, como primer gesto de bienestar se sacan los zapatos.”<sup>6</sup>.

Solamente algo muy bello y fuerte puede motivar el descalzarse, y es este gran misterio el que fascina a Moisés, que ve la zarza que arde sin

---

<sup>5</sup> MIRANDA, Evaristo Eduardo de, “*Corpo, território do Sagrado*”, Ed. Loyola, San Pablo 2000, p. 61.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 62.

consumirse. La zarza es un pequeño arbusto, casi una planta rastrera, que la iconografía occidental representa como un árbol pequeño, y lo hace así muy justamente, porque lo que está detrás es el simbolismo vegetal. La forma del pie se asemeja a una semilla, como también otros dos miembros del cuerpo: los riñones y las orejas. Y es justamente con estos órganos vitales que el hombre se relaciona con el Señor. En nuestra lengua, la palabra pie, o las palabras compuestas de ella, dan una rica comprensión de su valor de contacto profundo con la realidad, con la verticalización, con la aceptación, etc. Pero, es notable que "pie" es sinónimo de planta, y que todo árbol tiene un "pie", que es su base, así como es notable que en nuestra lengua llamemos "planta" a la base del pie. Innegable metáfora del micro y macro cosmos, que apunta a una comprensión más profunda de nuestras raíces.

## El Árbol

"Contemplemos el simbolismo natural del árbol: símbolo perfecto de la Vida, plantado en el paraíso, que crece hasta los cielos y vivifica todo el universo, antes de recibir su dimensión total en el misterio de la Cruz cósmica de Cristo"<sup>7</sup>. Él une realidades muy distintas, la de arriba y la de abajo, con un crecimiento doble y sincronizado, uno en la dirección de la oscura verdad, en el vientre de la tierra, transformando el humus de nuestra humillación en savia que corre en busca de la luz, hacia arriba, extendiendo los brazos hacia lo alto, alimentándose de la fuerza del sol, y haciéndola retornar a las oscuras profundidades de la tierra, cerrando un círculo de vida y muerte, de descomposición y transfiguración. Por eso mismo, él representa la vida en su continuo movimiento, en su comunicarse y darse, en su enraizarse y en su lanzarse a las alturas. No es casual que los árboles fueron, junto con las estrellas, las primeras representaciones de lo Sagrado, a la sombra de los cuales se encontraban y se daba culto a las divinidades. Menos casual aún, la inspirada asociación de la Cruz de Cristo con el Árbol de la Vida y el paraíso.

A partir de la planta de sus pies desnudos, Moisés vislumbra la comprensión total de su interior, proyectado exteriormente en el símbolo. Una realidad que le fascina y atemoriza, que atrae continua e inexplicablemente: es Dios mismo. El hombre camina con su herida oculta, haciendo todo lo posible por aliviarla, esconderla, eliminarla de alguna forma, la mira

---

<sup>7</sup> CHAMPEAUX, Gérard de, *Introducción a los símbolos*, 3ª ed., Ed. Encuentro, Madrid 1992.

de lejos, y ella continúa siempre allí, quemándose sin consumirse, sin tregua, como la espina clavada en la carne del gran San Pablo. El elemento vegetal solo no sería suficientemente explícito para llamar su atención, era necesario que la paradoja estuviera en escena, algo que le recordara en forma permanente que aquella región merecía una mirada más profunda. El miedo a acercarse a la verdad lleva al hombre a todo tipo de fugas, subterfugios, disculpas, pero felizmente para él, todos estos intentos son inútiles, pues en el centro de su sistema arde un fuego inextinguible. Era por esta razón tan simple, que los monjes del desierto decían que toda vida monástica sería pasa por el conocimiento honesto de sí mismo. Y, nada mejor para el auto conocimiento que la paradoja, que revierte lo previsible y, una vez aceptada, coloca al hombre delante de su centro, su zarza ardiente. Y aquí, entramos en el tercer símbolo.

## El Fuego

“Consumirse es renacer. Para realizar esta metamorfosis, el fuego, ambivalente, deslumbra la memoria simbólica. (...) Aún antes de que sea determinada su referencia simbólica, el fuego se presenta en su significado elemental de fuerza destructora y vivificante”<sup>8</sup>. P. Bernard, comentando el simbolismo del fuego, evoca la imagen del ave Fenix, que se deja quemar en el fuego sagrado y renace de él, y cita además a Teilhard: «Sobre todo a aquello que, en la Carne humana, se prepara para nacer o para perecer bajo el sol naciente, lo llamaré “el Fuego”»<sup>9</sup>. Al lado del simbolismo vegetal, que traduce la fuerza vital en su expandirse y donarse, el fuego es la energía que todo lo mueve, principio del ser, gracia que se comunica y contagia. El mismo Teilhard que llama al Espíritu Santo “Espíritu incandescente, Fuego fundamental y personal”<sup>10</sup>, aplica la imagen del fuego al Verbo: “Verbo eterno, Potencia ardiente, Tú que plasmas lo Múltiple para insuflarle tu vida, impón sobre nosotros, te ruego, tus manos potentes, tus manos diestras, tus manos omnipresentes”<sup>11</sup>. La iconografía de la Zarza Ardiente se expresó siempre en esta perspectiva del Verbo, con la imagen de Cristo mismo, o de su Misterio de Encarnación, unido a la Santa Madre de Dios. De hecho, el símbolo nos permite entrever algo totalmente incomprensible para la ra-

<sup>8</sup> BERNARD, Charles André, *Teología Simbólica*, Centro Russia Ecumenica, Roma 1984, p. 298.

<sup>9</sup> THEILHARD DE CHARDIN, *La messe sur le monde*, in *Hymne de l'Univers*, p. 19.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 21.

zón, que lo Divino pueda estar totalmente presente en el mismo espacio que lo humano, formando con él una única persona, sin aniquilarlo, sin quemarlo. En el momento de la Encarnación, la Virgen María es la verdadera Zarza Ardiente, que contiene, sin ser destruida por él, a aquel que el universo entero no puede contener. Sin embargo, esta Presencia, porque es el Fuego Divino, no deja la materia indiferente: él ilumina y quema de un modo singular. Los tres jóvenes en el fuego ardiente experimentaron la frescura de este fuego, el mismo que devoró a sus verdugos (*Dn 3,22.50*).

Nuestro querido amigo Moisés, desprovisto de protecciones y auto defensas, mira la herida de su corazón, que tanto le hace sufrir, y ahora se muestra como el Tabernáculo de la Presencia. La paradoja es muy grande, pero todavía será siempre menor que la de la Encarnación. ¡Éste es el modo como Dios actúa! El hombre se queda sin palabras, porque siempre pensó que el Señor quería sus virtudes, sus “zonas nobles”, pero Él prefirió el polvo de la tierra, su “vergüenza ambulante”. Esa actitud divina siempre asusta, por ser demasiado bella, libre, creadora. El Señor no se detiene en explicaciones sobre heridas, ni tan poco ataca con moralismos superficiales, simplemente se muestra Presencia en ella, ¡eso basta! El fuego divino cambia radicalmente la realidad de las cosas, aun sin alterarlas aparentemente: y el hombre pasado por el fuego experimenta una alegría hasta entonces desconocida, que nada en este mundo le podrá quitar. Lo que antes le hacía sufrir y avergonzar, ahora es la única certeza de que verdaderamente no está solo, provocando en él alegría pura y acción de gracias.

Nuestro Dios suele ser íntimo, pero nunca intimista, por eso, Moisés, apenas tiene tiempo para alegrarse con la visión y el descubrimiento que lo transfigura, y ya es enviado para salvar a su pueblo... ¡la paradoja no tiene límites! Apenas nos acostumbramos a que Dios haya elegido lo que más nos avergüenza como punto de encuentro entre el Cielo y la tierra, y ya Él nos avisa que nuestra misión también partirá de este punto... Por eso fue que Sara se rió, dentro de su tienda, cuando los Ángeles dijeron a Abrahán que ellos tendrían un hijo en la vejez, y que Isaac fue llamado “Dios ríe” porque Dios tiene sentido del humor. Ante semejante misión, nos viene una sonrisa a los labios, como quien se pregunta si Él no estaría jugando con nosotros. Él también se ríe con nosotros, por su bondad, y nos afirma que nos basta su Gracia. Porque solamente así podremos anunciar Su Misterio, y no el nuestro, su Misericordia y no la nuestra, su Presencia y no nuestro moralismo. “¡Quien se conoce a sí mismo no juzga a nadie!” repiten los padres del desierto.

Un cierto espiritualismo de nuestro tiempo hace que algunos cristianos sitúen la presencia de Dios en lugares que juzgan más nobles para recibirlo, pero eso no cambia nada, Él continúa ardiendo allí donde eligió

hacerlo, porque solamente allí puede encontrar nuestro “yo” verdadero, desprovisto de auto-justificaciones o pretendidos merecimientos. Nuestros antiguos Padres llamaban a esto *Compunctio Cordis*, compunción del corazón, literalmente, un corazón herido, traspasado por la Gracia. En nuestro idioma decimos que “cada uno sabe a dónde le aprieta el zapato”, y con la experiencia de los monjes antiguos y menos antiguos, podríamos agregar: “¡y allí nos espera el Señor! ¡Y desde allí lo anunciaremos!”.

*Abadia da Ressurreição*  
*cx. p 16*  
*84001-970 Ponta Grossa PR*  
*Brasil*